# BAM

Juan Francisco Barbagallo

# BAM

Juan Francisco Barbagallo

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2023
©Juan Francisco Barbagallo, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-24-4
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-35242-2023

# *Agradecimientos*

Bam nació de una charla con mi hermano Tomás, eran las cuatro de la mañana y caminábamos por la Avenida 44. Él estaba estudiando dibujo y me contó que en una de sus clases los profesores les pedían que hicieran manchas y los aprobaban así sin más, que los mismos estudiantes empezaron a quejarse, que siempre se formaban revoluciones en las diferentes aulas y que había un chico que dibujaba mejor que los profesores y lideraba todo el movimiento de alumnos. No hay mucho más que decir, Bam y Jorge ya estaban entre esas filas, con todas sus ansiedades, planes y dudas. Así que gracias Tomi por todas esas charlas sobre Bellas Artes, ojalá la gente se entretenga leyendo Bam tanto como yo cuando te escuchaba.

Ramiro es mi otro hermano y fue el primero en leer la historia. El primer mensaje que me mandó fue: «Juan, tu libro me da ansiedad». Creo que no hubo mejor devolución que esa. Gracias enano por leerlo, por recomendarlo y por mostrarme que podía haber alguien al que le gustara.

Mi hermana Paulina no lo leyó, pero siempre me decía que iba a triunfar, no sé cómo, no sé por qué, no sé a quién, pero lo decía y la verdad me motivaba a seguir tecleando.

Fue todo un acontecimiento mandarles el libro a mis papás. Lo leyeron de un tirón en unas vacaciones, creo que a mi vieja casi le da un patatús, no sé si por el análisis psicológico que habrá hecho o por los traumas de Gianna y la gente del campanario. Gracias por leerlo a los dos y gracias por la devolución que me hicieron, me sentí más liviano.

Rodri debe haber sido la persona que más leyó la novela, literalmente me hizo un análisis oración por oración, sin eso Bam sería ilegible. Hablamos tanto, pero tanto de la obra, que incluso pensamos en hacer un podcast con todos los audios que nos mandábamos, la recopilación de todos los archivos MP3 sumaban la exorbitante cantidad de 118 horas. De verdad que gracias Rodri, fuiste el primero que creyó en la idea, el primero que la releyó y el primero que corrigió con uñas y dientes cada oración cuando yo ya no tenía más ideas de cómo mejorarlo. Dificilísimo debe ser encontrar amigos como él, y más jugando el mismo juego que jugamos en la Academia.

Y al final quería dejar a Rocío. La habré vuelto loca con cada párrafo, gracias por soportarme cuando me vuelvo pesado y me pongo intenso, un par de sacudidas tuyas y ya estoy bien. Perdón si me vuelvo tan monotemático a veces, y gracias por recordarme qué es lo importante, más allá de los créditos, los títulos, las palabras y los proyectos. Gracias por leer la infame versión 3.2 y decirme que estaba buena, por leerlo en letras 8 en un Kindle que apenas andaba y por tus comentarios por los que si no toda la novela sería otra cosa mucho más fea y gris.

Gracias a Martín, Santi y Agus por todos los giros e interpretaciones, gracias por dejarme volver un poco mejor artista, si es que la escritura es un arte (siete horas de discusión). Gracias Gemi y Valen, me acuerdo que Valen me dijo que sacara esta frase: «un árbol lleno de verano»; la saqué, tenías razón, quedó mejor. Gracias Mati por el tiempo, incluso con sueño leías con fuerza. Gracias a los Crucis por decirme que escriba, gracias a Pello por leer tan rápido una versión tan lenta, gracias Gabo por pensar en el *merchandising*, emocionarse tanto y hacer los primeros *fanarts*, gracias a todo el Superequipo, a Toto por regalarme a Jorge, a todo el grupo de fiesteros por alegrarse tanto y a Centella por acompañarme y tirarme ideas siendo el mejor perro y amigo del mundo.

Gracias a todos los que leyeron tantas versiones beta, gama, de la 4.1 a la 5.9. Ya era divertido ir cambiando de número como si fueran actualizaciones.

Finalmente, gracias a todos los que transitaron la Academia, las idas y vueltas, y cada una de sus aventuras.

En un mundo gobernado por artistas, sucedió esto.

## CAPÍTULO 1

# El final de la carrera

—Mamá, quiero ser artista —dijo el niño entregando su dibujo.

Eran puras líneas de color inconexo, rayas duras sin forma definida. Una cara a medio coser sobre un cuerpo desproporcionado, simple, tosco, carente de talento; un completo desastre. Bajo el dibujo, la valiente firma: Bam.

—¿Bam? —preguntó su madre.

—Mi nombre artístico.

Ella miró nuevamente el dibujo, alzó los ojos, hizo fuerza por sonreír y con voz temblorosa dijo:

—Es muy lindo, Bam.

Y él sonrió con ojos brillantes.

Así quedó sellado su destino.

Siete años después, Ariadna se paraba en el borde del edificio. Tenía el precipicio delante, le temblaban las piernas y apenas podía respirar. Nunca había sido buena mantenido el equilibrio, pero incluso así, se irguió temblorosa, juntando tanto aire como pudo.

Lo había logrado hacía tanto.

El recuerdo de su graduación siempre le había despertado cierta chispa, cierta canción fresca y motivante. Pero ese día, al recordar cuando recibió el título, sintió asco. Lanzó una arcada para luego apretar los dientes con el sabor ácido del vómito en la garganta.

Desde esa altura, Ariadna veía el hermoso edificio del Prado. Se sabía demasiado vieja para hacerlo en el campanario, ya no era una adolescente y no necesitaba tantas miradas.

Hacía tan solo unos cuantos años desde que una de las sillas del Prado le pertenecía. Era parte de la Mesa Directiva. Y con ello, había creído que por fin podría dormir en paz.

Pero por supuesto que no había sido así.

La competencia no terminaba. Siempre se podía seguir subiendo.

Y cuando por fin la nombraron, cuando por fin llegó a esas alturas, ese lugar, esa mesa, esas sillas no eran más que la misma carrera infinita que recorría desde los tres años.

Tomó la soga.

Estaba vieja y se sentía cansada. Desde lo alto de aquel borde, el calor crecía bajo un sol de verano.

No quería otro año así, tampoco otro día. Pero su vida entera había sido una caída, una elección inconsciente e irrevocable.

Por algún motivo se acordó de sus primeros guiones: una chica que salva al mundo, un grupo de amigos que lo cambió todo. Qué ingenua.

Tal vez, tan solo podría escribir un acto más.

Dejó de temblar.

Sintió esas miradas en la nuca, observándola. Les daría el gusto, que ellos se quedaran con esa silla. Ya no le importaba.

Ató su soga al cuello, miró al cielo y terminó su obra.

## CAPÍTULO 2

# El principio de la carrera

Bam mordía sus uñas.

Caminaba rápido frente a las enormes puertas de la Academia. Tenía el pelo despeinado, los pantalones gastados y el bolso cuidadosamente elegido. Sería un artista o no sería nada.

*«¿Dónde están?»*, pensó.

Los enormes portones de la Real Academia de Artes estaban abiertos. En la entrada, madres y padres besaban y abrazaban a sus hijos, otros miraban serios, algunos aconsejaban. Tíos, primos, hermanos, familias enteras alentaban a los ingresantes.

El lugar estaba repleto por la gente de los suburbios y las pruebas comenzarían pronto.

Bam caminaba la entrada de punta a punta estirando el cuello. Vio como una abuela llenaba a besos a su nieta, como un niño le daba un pequeño colgante afilado a su hermano. Muchos aplausos y gritos en cada rincón, también algunos globos.

Las pruebas comenzarían pronto, y ellos no estaban. Se lo habían prometido, se lo habían prometido una semana antes. Pero no estaban.

Bam se mordía las uñas. Se movía rápido, cada tanto corría entre la gente. ¿Si estaban ahí, pero no lo veían? ¿Si lo estarían buscando?

El ruido lejano de unas campanas lo aceleraron.

Vio una madre y a un padre abrazar a su hijo. No le dio importancia.

Buscó en todas direcciones. Allá lejos, las campanas sonaban.

Los ingresantes entraban corriendo.

Bam siguió buscando, pero no veía más que rostros desconocidos cuando las gigantescas puertas comenzaron a cerrarse.

*«*No vinieron*»,* pensó mientras intentaba dar con ellos.

Se paró del lado de adentro, justo donde se cerraban los portones.

Esperó. No los veía en la entrada, el lugar estaba lleno de gente.

Las puertas se cerraban.

Siguió buscando a sus papás, ninguna de esas caras le resultó familiar. Se mordía las uñas sin moverse del lugar, esperaba en puntas de pie, estirando el cuello, capaz en el fondo. Capaz no se veían, capaz no…

La entrada se cerró en un estruendo de hierro. Y Bam quedó del lado de adentro.

Respiró. Cerró los ojos. Mordió fuerte y se acomodó el bolso.

—Hoy comienza —se dijo intentando no pensar—. Hoy comienza.

Sus padres no habían ido. Se limpió los mocos y luego se secó los ojos.

Sería un artista o no sería nada.

Edificios apretados y puntiagudos hacían calles y callejones repletos de estudiantes. Bam caminaba entre los mercados y vidrieras llenos de instrumentos musicales, lienzos, pinceles y mármoles de diferentes tamaños. Había locales de pintura, arquitectura, gastronomía, editoriales, casas de música, salas de teatro. Todo se mezclaba. El campus era una ciudad y más todavía, tal vez muchísimo más grande que varias ciudades. Vendedores artesanos salían a las calles y Bam casi se pierde viendo una hermosa escultura en madera que cargaban unos alumnos, pero el estruendo de las campanas volvió a traerlo en sí.

El camino principal se abría junto a farolas ornamentadas y asientos hermosos a los costados. Se escuchaba el ruido de un millón de conversaciones cuando llegó a un enorme puente abierto.

No le prestó atención al sonido del agua, ni al viento que lo despeinaba ni a las florituras que había en las barandas. No respiró cuando vio la enorme catedral que se abría ante él.

Central.

La Catedral del Arte era un castillo inmenso, con galerías en lo bajo y sus campanas en lo más alto de los picos. Central era la sede de la Academia, un castillo consagrado al arte, y frente a ella, una fuente cristalina repleta de esculturas talladas en mármol. Y esa fuente se encontraba rodeada de jóvenes. Bam los vio con su misma edad, la misma mirada, todos eran ingresantes, todos eran la competencia. Se acercó a ellos.

Los bordes de la fuente eran tan grandes como un escenario y sobre ellos se paraban varios adultos de cara a la multitud. Antes de que ninguno hablara, Bam supo que cada uno de ellos era un artista, todos ellos eran parte de quienes le daban forma al mundo.

—Bienvenidos, ingresantes —dijo una mujer entre los artistas. Era alta y vestía un atuendo azul con elegantes grabados negros—. Los exámenes comenzarán de inmediato. Quienes porten nombres con B, J o M, por favor, síganme.

Bam no parpadeó.

Se puso rojo; los nervios burbujearon.

¿Qué quería decir? ¿Eso era parte del examen? Empezó de inmediato. Tenía que decidir.

Su nombre artístico era Bam, pero su nombre real no comenzaba con ninguna de esas letras. No. ¿Eso que significaba? Él era un artista. Su nombre real ya no era su nombre; ese nombre ya no existía.

Su cabeza comenzó a trabajar uniendo cualquier idea.

Esa era la prueba. La primera prueba consistía en dejar el pasado, abrirse paso con una nueva identidad. Era un bautismo; ese momento era la primera elección: ser quien elegía ser, y su decisión era ser Bam. Bam con todas las letras.

Así se llamaría ahora y siempre.

Lo decidió, infló el pecho y fue tras esa artista. Los demás profesores anunciaron nuevas letras y los grupos comenzaron a dividirse.

Los ingresantes se ordenaron y caminaron en columnas. Bam iba seguro, los hombros erguidos.

Rodearon la fuente para subir las escaleras y se adentraron en Central.

El salón principal era inmenso, el techo se perdía de lo alto que era, junto con vitrales colosales en las gigantescas paredes del castillo.

La profesora que Bam seguía se abrió paso entre el mar de gente. Se escuchaba música, conversaciones, algún grito. Caminaron atravesando el salón principal hasta dar con un pasillo lleno de cuadros, luego hubo esculturas, palos, basura, todo arte. Pasaron junto a un par de anteojos tirados en el suelo. Sería una obra. Los lentes de alguien hartos de tanto estudio, en medio de Central, cansados y sueltos. Por supuesto. Atravesaron salones, cruzaron torres, puentes colgantes y por largo rato subieron una escalera hasta cruzar unas finísimas cortinas blancas.

El olor a pasto llegó hasta cada uno de los ingresantes.

Un paisaje liso y verde se abrió ante ellos, una terraza infinita en las alturas bajo un cielo azul y resplandeciente. Lejos, en algún punto de esa inmensidad, había una pérgola sostenida sobre una pequeña mesa negra y dos sillas de hierro, lo demás era pasto y cielo.

La mujer se detuvo y poco a poco se formó un semicírculo a su alrededor.

—La primera prueba comenzará ahora —sentenció la profesora a la vez que daba un vistazo general—. En la Academia creemos en la excelencia. No llegan quienes tienen suerte, sino quienes la aprovechan. Los artistas construyen su suerte, construyen sus obras. En algún lugar de esta pradera los tréboles crecen libres; de la misma manera lo harán quienes los consigan. Quienes me presenten un trébol de cuatro hojas, estarán aprobados.

Hubo un intercambio general de miradas; muchos asintieron, pero la gran mayoría comenzó a ver el suelo. Un trébol. Cuatro hojas. Sería sencillo.

—Tienen cinco minutos.

Todas las miradas se giraron hacia la profesora. La elegante artista sonreía frente a la multitud.

Silencio.

Y un estallar en cada dirección.

En un instante, un arremolinar de púberes salieron corriendo hacia la lejana pérgola, la única estructura del lugar, y de puro reflejo, Bam también lo hizo, desesperado hacia donde todos corrían.

Algunos estudiantes trotaban mirando el suelo mientras que otros se dirigían hacia los extremos de la terraza.

Cinco minutos.

El corazón de Bam comenzó a golpearle. Cinco minutos. Su mochila pesaba.

Bam corría buscando. Solo había pasto, pasto cortado, verde. Se tiró hacia la tierra. Comenzó a examinar entre las hebras. Comenzó a excavar con las uñas, pero se las había mordido y le dolían, tal vez estarían debajo; había que trabajar, construir la propia suerte.

Pero en la tierra solo había tierra.

Suerte, se trataba de tener suerte. La primera prueba se trataba de tener suerte.

Y Bam sabía, sabía que no tenía, que no tenía esa suerte y que definitivamente sería del montón que no encontrarían el trébol.

Fue cuando alguien volvió corriendo. Alguien había encontrado algo.

Ese alguien fue directo hacia la profesora, casi salticando con piernas cortas, tenía un trébol de cuatro hojas en la mano y una gorra azul que le quedaba grande.

Ingresantes por doquier levantaron la vista hacia el chico, su trébol y su gorra; al instante corrieron en la dirección opuesta, intentando dar con el espacio del que el niño vendría.

Bam hizo lo mismo. Fue directo hacia donde el chico había encontrado ese trébol.

Corría despavorido; la mochila golpeaba con su peso. Sudaba. Se dio media vuelta un segundo y notó que no solo el chico del trébol se encontraba parado junto a la profesora, sino que había muchos más. Bastantes más.

Debían haber encontrado un cantero, un cantero lleno de tréboles de cuatro hojas.

¿Cuántos minutos quedaban?

Siguió buscando.

No debía exasperarse, no debía de haber canteros, solo era suerte. Había que tener la suerte de chocarte con uno, de ser artista, de ser de excelencia. «No llegan quienes tienen suerte, sino quienes la aprovechan». Sin embargo, él no podía aprovechar algo que no tenía.

«Los artistas construyen». Pero él ni siquiera tenía materiales. ¿Dónde mierda iba a encontrar un trébol?

Cada vez que se daba vuelta, había más gente junto a la profesora. Él estaba del otro lado, lejos, buscando un trébol junto a una multitud desesperada.

Bam volvió a tirarse al suelo al igual que el resto. Eran cientos alrededor de él. Y allá lejos, estaban los ganadores.

Los veía.

Quedaría menos de un minuto.

La desesperación. ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

No podía desaprobar el primer día; un artista podría hacerlo, un artista. Tenía que hacerlo, tenía que hacer un trébol.

Su respiración se detuvo, el ambiente enmudeció cuando la idea le perforó la cabeza. Tomó aire con el corazón desatado, y salió corriendo. Captó un par de miradas. Notó como varios ingresantes iban directo hacia donde él había estado.

Pero ya no le importaba.

Corrió hacia la profesora que miraba su reloj. Bam vació su mochila mientras iba a una velocidad que apenas contralaba. Perdió un cuaderno y casi tropieza, pero no se detuvo a recogerlo. Logró dar con un lápiz, y como un loco, agarró papel y bocetó lo que pudo.

Un horrendo trébol de cuatro hojas apareció por arte de magia dibujado en el papel.

—¡ACÁ TENGO UN TRÉBOL! —gritó Bam más fuerte de lo que quiso.

Tenía el corazón en la garganta, las manos le temblaban.

La profesora observó el segundero, observó el dibujo y lo observó a él.

—Estás aprobado —dijo.

## CAPÍTULO 3

# Un tramo oscuro

Bam caminó orgulloso con el dibujo de su trébol.

Luego de la prueba el tumulto era mucho menor, menos que la mitad de los que eran antes. Habían dejado atrás a los desaprobados. Ya no importaban, no serían artistas. Nunca lo fueron.

Bam pudo ver a una niña de pequeños rulos embuclados; ella sostenía un trébol real en su mano. La niña tomó un libro de su mochila y dejó el brote entre las hojas impresas.

La profesora y la marcha de ingresantes se detuvieron frente a una puerta de madera con doble entrada.

Bam veía bien a la artista, a esa mujer. Era más anciana de lo que había calculado.

—Felicitaciones, ingresantes —soltó la profesora—. Al artista hay que formarlo desde su intrepidez, y lo han demostrado. Además, la suerte es sin duda una habilidad notoria. Todos podemos ser artistas, ¿no es cierto?

La profesora rio, pero no hubo devolución.

—Presten atención al próximo examen.

Varios fruncieron el ceño y la mujer abrió las puertas.

Más allá del marco, la habitación estaba en completa oscuridad. Nada se veía dentro, pero la profesora entró sin vacilar, perdiéndose en lo oscuro.

Los que estaban más cerca dudaron un segundo, un niño pasó el umbral y fue como si la habitación se lo tragara, perdiéndose con sus manos en los bolsillos.

El resto dudó, pero nadie pudo quedarse quieto y cada uno avanzó hacia el salón en penumbras.

Bam atravesó la puerta y todo era negro.

Sus ojos intentaron acostumbrarse, pero no lograban dar con ninguna luz. Se escuchaban murmullos, la sensación de gente acomodándose alrededor en una pesada ceguera.

De un golpe, haces de luces se prendieron alumbrando porciones de oscuridad. Varios reflectores apuntaron a lo que parecían ser cuadros. Cuadros colgados, suspendidos en el aire.

Esos cuadros estaban atados desde una sola de sus puntas, por lo que había que ladear la cabeza para verlos bien, y no eran cuadros, sino fotografías gigantescas.

Nadie debía estar ignorando esas fotos. En las imágenes gigantes solo podía verse un rostro, un solo rostro que hacía diferentes expresiones. Y ese rostro era el de una joven hermosa, pelirroja y llena de pecas. En cada fotografía podría figurarse una personalidad diferente, pero sin duda la modelo era la misma, era una artista.

—Hay algo en cualquier artista, incluso cuando camina —dijo la voz de la profesora quebrando el oscuro silencio. Un reflector la alumbró y ahí estaba ella—. Si ustedes vieran a esta mujer por la calle sabrían que es una artista. Hay algo que la distingue. Sabrían que es diferente, que simplemente es más. Entre ustedes se encuentra ya un artista. Abran bien los ojos. Para aprobar, encuéntrenlo; saben cómo identificarlo. Escuchen su voz, sus palabras y averigüen su nombre, y quien me lo diga correctamente, estará aprobado. Incluso puede servirles para socializar un poco. Tienen diez minutos.

Solo los cuadros y la profesora estaban alumbrados, lo demás era de una oscuridad insondable.

Las reacciones fueron opuestas a la prueba del trébol: una quietud total en medio de la penumbra.

Pero Bam sabía la respuesta. Sería fácil. Sabía a quién debía preguntar y qué debía decir.

—Ah, disculpen —agregó la profesora—. Solo tienen un intento.

Bam escuchó las respiraciones nerviosas de los demás ingresantes y sonrió para sus adentros. Quiso esperar un poco. Alguien debía haber llegado a la misma conclusión que él. Era evidente.

La respuesta sin duda era la misma profesora, la mujer que les hacía el examen. Para ser profesor debías haberte graduado en la Academia; ella era la única entre los que estaban ahí que lo había logrado. Era obvio. Además, casi no se podían ver entre sí, era imposible juzgar a alguien en esas condiciones.

Solo se escuchaba el silencio, nadie se había movido de su lugar. Nadie quería ser el primero. Solo había un intento; el futuro mismo se jugaba en un nombre.

Otro reflector se prendió.

Bajo la luz, la vieron. Era hermosa. Era hermosa y además era una artista. El reflector alumbró a la joven, la chica pelirroja que estaba en las fotografías, ahora materializada frente a ellos justo al lado de la profesora con su propio reflector.

Ambas sonreían. La chica y la profesora. Ambas artistas.

Los latidos y la transpiración comenzaron a marchar en Bam. La duda se desparramó en su cabeza, trabando el pensamiento y eliminando la respuesta.

Las dos mujeres se paraban juntas frente a una multitud a oscura. Las dos lucían más allá del mundo, las dos eran una respuesta: una profesora y una modelo.

Un niño pequeño cortó los pensamientos, apareciendo en el reflector de la profesora. Bam lo reconoció por la gorra; era el mismo ingresante que había encontrado el primer trébol. Parecía mucho más chico que los demás.

La profesora le hizo señas para que le hablara en el oído. Él se sacó la gorra y comenzó a hablar. En la habitación, nadie pronunció una palabra.

La mujer le respondió veloz, apenas dos o tres palabras. El niño se quedó petrificado un segundo. No le devolvió la mirada y movió los dedos; parecía estar contando, decirse algo para sí. Al final, volvió a susurrar sobre el hombro de la mujer.

La profesora asentía con la cabeza mientras hacía un gesto para que pasara. Justo detrás de ella dos puertas se iluminaron por dos nuevos reflectores. El niño dudó un segundo, se acercó a la primera, luego fue a la segunda más a la izquierda, puso su mano sobre el picaporte, pero justo antes de girarlo, lo soltó. El niño de la gorra se movió más a la izquierda, pero ahí no había luz, se perdió nuevamente en la oscuridad y nadie pudo verlo más, desapareciendo sin abrir ninguna de las dos puertas.

La profesora frunció el ceño con una sonrisa para luego volver su mirada hacia el frente.

A Bam no le quedaban dudas: era el nombre de la profesora. Solo había que preguntarle el nombre a la profesora y luego decir que ese nombre era el de una artista.

—Les aconsejo que se apresuren —dijo la mujer.

Por otro lado, la modelo de todas las fotos continuaba callada. Posando extraordinaria bajo la luz, pero callada.

Hubo un acomodar de cuerpos, un estruendo de puros movimientos. Varios cuerpos se veían en los bordes de la luz que rodeaba a la profesora, unos pocos también alrededor de la joven modelo.

Una chica se acercó a la profesora y le susurró al oído.

—Es incorrecta la respuesta —dijo la mujer—. Estás desaprobada. El arte es para todos, querida, pero no todos son para el arte.

Los ojos de la ingresante se abrieron. Quedó un segundo suspendida sin dar créditos a lo que había escuchado hasta soltar un par de lágrimas. Cayó en el círculo de luz bajo los pies de la profesora y nadie intentó levantarla.

La profesora bajó la mirada, la ingresante lagrimeando le agarraba los pies. En un movimiento, la mujer sacó sus zapatos de entre los dedos de

la niña y salió de la luz del reflector, dejando solo alumbrando a una niña llorando en el suelo.

Pero el reflector se movió y nuevamente la profesora estaba debajo, perdiéndose así la niña y su llanto en lo oscuro.

Otra chica avanzó resuelta. Preguntó algo. Obtuvo la respuesta, y volvió a susurrarle sobre el hombro.

La mujer asintió con una sonrisa y la dejó pasar, entonces las dos puertas nuevamente se encendieron bajo los reflectores. La ingresante eligió la puerta de la izquierda, la abrió y se perdió en lo que habría del otro lado.

Algunos comenzaron a preguntarle a la modelo.

El sonido de los llantos se levantaba. Los desaprobados iban en aumento. Nadie veía nada, nadie hablaba, nadie decía palabra. Incluso los sonidos de los sollozos comenzaron a apagarse de golpe. Uno a uno hasta quedar en silencio.

En poco tiempo empezaron las quejas anónimas, los gritos desde cada rincón. Pero duraron poco. Quienes gritaban, de repente eran callados. Nadie veía nada, pero no estaban solos en ese salón oscuro.

Los reflectores de las puertas se encendieron. Un ingresante apareció girando el picaporte de la puerta izquierda sin haber dado su respuesta. Apenas la abrió, el reflector que lo alumbraba se oscureció.

Un instante después, la luz volvió a encenderse, pero el chico ya no estaba.

Se escuchó el chistar por parte de la modelo y la profesora, ambas sonrían insoportables. Los desaprobados se iban a la oscuridad y no volvía a saberse de ellos.

—Dos minutos.

Bam no entendía. ¿Por qué algunos pasaban? ¿Por qué la mayoría desaprobaba? ¿Todos estaban pensando lo mismo? ¿Todos pensaban que las artistas eran esas dos mujeres o nadie se había dado cuenta de ello? ¿Por qué los que aprobaban se iban por la puerta izquierda? ¿No podrían quedarse a decir la respuesta? ¿Y qué estaba pasando en la oscuridad?

Estaban siendo expulsados. Si se recibía la negativa delante de las artistas, el reflector se apagaba, y al encenderse nuevamente, solo la modelo o la profesora aparecía de pie.

Un niño gigante y regordete entró en la luz de los reflectores, bamboleándose al caminar. Se depositó lento bajo el reflector y frente a la mujer. El muchacho le dijo unas palabras al oído y ella le sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Había aprobado.

Ese chico enorme había aprobado y Bam todavía no tenía la menor idea acerca de qué decir. Si no hubiese aparecido la modelo, si no estuvieran desaprobando tantos, si las cosas hubiesen sido distintas, él estaría tranquilo.

Pero había pasado y el tiempo se escurría. El enorme niño había pasado, y no había hecho preguntas, simplemente había dado su respuesta y

ahora se dirigía a la puerta de la izquierda. Pero al ir al picaporte, justo antes de girarlo, el chico lo soltó y fue más hacia la izquierda, perdiéndose en la oscuridad y desapareciendo para siempre.

¿Cómo había aprobado ese niño gordo? Simplemente se había acercado a la profesora y había hablado. No había hecho preguntas. Solo había aparecido bajo la luz y dicho algo.

Bam entornó las cejas. Ese chico no había podido decir el nombre ni de la modelo ni de la profesora, nunca se los había preguntado.

La idea lo sacudió, encajando, sin terminar de entenderse en su cabeza: ese niño no había hecho preguntas.

Había un artista entre ellos. Había varios artistas entre ellos.

Bam se acercó a la profesora, se puso bajo la luz. La mujer levantaba un segundero y comenzó a girarse para prestar su oído.

—Me llamo Bam —dijo el chico sobre el hombro de la mujer—. Y soy un artista.

Ella se alejó. Él se alejó, quiso ver la expresión en aquel rostro.

La profesora no sonreía.

El corazón se le vino a la garganta, un tirón en medio del estómago. Tuvo miedo de que las luces se apagaran, que la oscuridad lo comiera.

Ella volvió a ver su reloj. Luego se acercó al oído del chico.

—Me llamo Eurípice Featherstone, Bam. Y otra vez llegaste con lo justo —dijo la mujer—. A ti te tocará ir por la puerta que está más a la izquierda.

La mujer lo miró algo enternecida, pero severa. De cerca era mucho más anciana de lo que parecía.

Los dos reflectores se encendieron iluminando las dos puertas.

Bam atravesó rápido la oscuridad, llegando a la puerta iluminada de la izquierda. Tenía que ir por la puerta que estuviera *más* a la izquierda.

Ni siquiera fue un pequeño destello, pero Bam aun así miró más a la izquierda y lo notó. Al lado de las puertas iluminadas había más que pared, un poco de la luz de los reflectores lograba vislumbrar la penumbra.

Recordó al chico grandote y el niño pequeño que habían respondido primero.

Fue más hacia la izquierda, comenzó a palpar la pared en la oscuridad, cuando dio con otro picaporte. Con la puerta *más* a la izquierda.

Debía ser otra prueba.

Bam tragó saliva.

Abrió la puerta oscura aún con palpitaciones.

## CAPÍTULO 4

# La artista, la bufanda y la soga

Bam atravesó la puerta en completa oscuridad y lo que hubo detrás tan solo fue más oscuro.

Temió estar equivocado. Quiso retroceder, pero no, el niño pequeño y el chico gordo no se habían vuelto a ver en las puertas iluminadas, ellos debieron haber seguido.

Mordió fuerte, el corazón bombeando. Dio un paso con las manos estiradas hacia adelante, sería la próxima prueba, sí, sería la próxima prueba. Dio otro paso, sí, sin duda, sería la prueba. Dio un tercer paso cuando sintió una pared con sus dedos. Comenzó a palpar y efectivamente encontró el picaporte, era otra puerta.

Tomó aire, giró y abrió haciendo que una luz tenue alumbrara apenas.

Atravesó la puerta y frente a él se abría un enorme pasillo. A los costados, las paredes eran gigantescas, altísimas, de cemento gris venido a menos. La humedad se sentía en la piel y en la vista. Había olor a podrido y charcos de agua. Arriba, lejano, se veía el cielo.

Si era la tercera prueba, debería haber alguien ahí.

«Es la tercera prueba», se dijo. Estaba en la Real Academia de Artes. Por supuesto que era la tercera prueba. Pero esa vez no tenía idea de qué hacer.

Comenzó a trotar hacia adelante.

Vio que el pasillo se dividía en varios corredores. Tomó el de la derecha y siguió. Sintió estar pisando charcos, el pequeño ruido del agua, mientras repasaba cómo era posible haber aprobado la prueba anterior.

La profesora, Eurípice Featherstone. ¿Realmente había escuchado lo de «más a la izquierda»? ¿Tenía sentido eso? Todos habían elegido la puerta iluminada, la puerta de la izquierda, pero eso también se sintió como otra prueba. Había que ser inteligente para ser artista. Entender entre líneas.

Se sintió un idiota. Gritó de pura impotencia, los nervios creciendo.

Continuó corriendo por el laberinto. Movía sus piernas, su mochila, siempre girando a la derecha. ¿Cómo era posible? Si era una prueba, no sabía cuánto tiempo tenía. Pero el objetivo era obvio: tenía que salir de ahí. Tenía que encontrar una salida para aprobar.

Pero ¿por qué no había ninguna señal? ¿Por qué nadie había dejado ningún rastro? Sus piernas no durarían para siempre corriendo de esa forma.

Apretó el paso. Tenía que alcanzar a alguien. Tenía que alcanzar por lo menos a...

Cuando lo vio, el aire se estancó en su abdomen. A Bam el lugar húmedo lo había hecho transpirar, pero no era nada comparado con el estado del enorme niño.

Bam se detuvo detrás de él.

El grandote respiraba entrecortado con un silbido atravesándole la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó Bam. Era el niño gordo que había aprobado antes de él, quien le había dado la única y última pista.

Podía notarse su falta de aire.

—Creo que… no… —respondió mientras daba bocanadas—. ¿Sabés cómo… salir de acá?

No estaba bien, pero esa pregunta disparó una certeza. Ese chico era la competencia.

—¿Podés seguir?

—Apenas… puedo… respirar.

El laberinto no terminaba. Bam ya no distinguía hacía cuanto corría, debía de ser hacía bastante.

Fue cuando un chasquido se escuchó delante de ellos.

El sonido rebotó entre las paredes, agrandándose, anunciando la llegada. Alguien venía. Si era un profesor. Si la prueba se trataba de salir y lo atrapaban dentro…

Bam y el niño gigante fijaron su vista hacia el ruido.

No iba a desaprobar. No. No iba a desaprobar. Tenía que salir de ahí, había que salir.

Bam no lo dudó y comenzó a correr. El enorme chico intentó ponerse en movimiento y logró levantar sus pesadas piernas.

Por un segundo Bam aminoró la marcha, se giró, y vio a ese chico gigante, corriendo lento, no iba a desaprobar por un gordo torpe. La garganta de ese gigante volvía a silbar, el aire se le escapaba. Ese chico no lo lograría. No podría lograrlo.

Bam apartó la mirada y continuó corriendo a más no poder. No podía perder el tiempo con un gordo que tuvo suerte.

Volvió a transpirar. El pasillo se extendía, seguía sin fin, hasta que pudo ver a un niño pequeño con una gorra azul en la cabeza.

Se detuvo en seco.